

ÚLTIMA TOMA

Leonardo Miguel Gutiérrez Arellano

Bachillerato General de la Universidad de Guadalajara, 4º semestre

El final ya estaba escrito.

Cuando el insomnio carcome tu deseo de escribir, miras la hoja en blanco como a la vigilia que custodia el éxtasis. Cuando tus dedos se tensan al teclear las oraciones más endeblés, corres el riesgo de crear telarañas. O laberintos.

El último semestre de la carrera representaba para mí la oportunidad de dejar atrás un yugo y poder enfrentarme, con libertad, a la vida como director. Desde los catorce años escribía guiones para cortometrajes, y una que otra película, que grababa con una cámara de mano y un presupuesto suficiente para comprarles refresco y marihuana a los actores que constituían el equipo de filmación.

Yo no salía mucho en cámara. Nos divertíamos filmando escenas joviales y de felicidad absurda que terminaban en la muerte de alguien, un secuestro o una sobredosis. Nada mejor que pasar tu adolescencia grabando las idioteces que salen a borbotones de tu cerebro.

El profesor Ramírez, a mitad del octavo semestre de la carrera de Dirección Cinematográfica, se encargó de darnos a conocer los requerimientos del último trabajo. Consistía en filmar un largometraje con un presupuesto menor a dos mil pesos (trabajo, ciertamente, sencillísimo: nadie tenía recursos para invertir más que esa cantidad), sin la ayuda de ninguna empresa o firma. El equipo para realizar la obra podía estar constituido por todos los estudiantes del grupo.

La mayoría, incluyéndome, rechazó la idea de un solo trabajo. Casi toda la clase se dividió en equipos de siete personas: Julián y yo formamos

uno, ya que estábamos acostumbrados a grabar juntos desde la pubertad. Tranquilo, casi ajeno a la realidad (como es Julián desde que probó el perico por primera vez), me dijo que al chile, luego veíamos qué onda con esa madre, que yo me encargara de escribir un guion chingón, como se debe. Acepté bastante emocionado.

En la parada del camión comimos *Cheetos* mientras discutíamos sobre la relevancia epistemológica del vello facial masculino en el cine mexicano de la década de los cincuenta, aunque, claro, no teníamos (ni tenemos) del todo claro qué es la epistemología y sólo hemos visto unas tres películas de Pedro Infante.

Esa tarde comencé a vislumbrar el proyecto. Estaba, en demasía, eufórico: era el momento de demostrarle a todo el mundo que yo no era un director mediocre como dijo Lizbeth Robles cuando miró uno de mis cortos sobre los cholos huele-monas de Polanco; demostrar que sí sabía comunicar algo más que un simple desvarío de teporocho de mercado.

Te doy mi palabra de que no existe gente más *esnob* y presuntuosa que los intolerables estudiantes de cine con su maldito Tarkovski, y el mamón de Buñuel y sus rejodidas tomas simétricas al estilo Kubrick y su excitación sexual con el blanco y negro; no te dejan disfrutar a gusto del cine de Tarantino porque es-muy-vulgar-y-ridículamente-infantil.

Los hijos de perra creen que se van a immortalizar grabando pasto mojado con mercurio sobre el que un pigmeo y un gato albino discuten filosofía heideggeriana, mientras un *alien* se aparea con el pino de la esquina, interpretando al pigmeo como la pulsión de la muerte y al gato como la comunicación extrasensorial del hombre con el universo, necesaria como medio de contacto para posibilitar la eugenesia biológica con habitantes de otros mundos.

Créanme, lo que acabo de decir le parecerá un argumento fantástico a más de alguno (ahí te hablan, pinche Jodorowsky). Ninguno de ellos podría disfrutar de una simple historia bien contada que entretenga al público durante dos horas. La mayoría del tiempo no entiendo por qué habré entrado a una carrera que a veces odio con cada gramo de mi persona. De vez en cuando tengo ganas de amordazar a Ayala Blanco y quemar la Cineteca Nacional con él y todo su séquito de mamadores adentro.

Bueno, el relato iba por otra parte.

Paulatinamente me di cuenta de que la planeación de la película que elaboré en mi cabeza, no era más que un simple esbozo. Francamente, no estaba pensando en nada concreto. Sí, sí, analicé criterios de fotografía

y distribución espacial, pero... ¿de qué iba a tratar? Comencé a rascarme el cuello, un poco nervioso, en el camino a casa. Noté que mi respiración comenzaba a perturbarse, emulando mis ataques asmáticos ya lejanos. Por Dios, faltaban tres meses para entregar el proyecto más importante de toda mi carrera y no tenía idea de qué iba a tratar. Entré en pánico.

Dentro del departamento pasé las últimas horas del día deambulando por la sala (de por sí compacta). Jamás le he hallado a eso del peripatetismo. El sol comenzaba a esconderse junto con el cese del ruido de la ciudad. Miré televisión unas cuantas horas, en espera de atrapar algo para un plagio respetable: plan fallido, pues no tengo cable y no me voy a fusilar nada de las novelas de Televisa o TV Azteca. Me fui a la cama anhelando que el sueño esclareciera mi situación.

Adivina qué: miré el techo durante toda la noche, de vez en cuando dándome la vuelta hacia mis costados. Pensé en todo, menos en ideas para el guion. Si no puedes dormir, la situación suele resolverse yendo por un vaso de agua o caminando por la casa; o te masturbas, leí que las chicas hacen eso para dormir.

Pasas en vela unas cuantas horas, pero tu cuerpo no puede soportar tanto cansancio y termina por ceder a la oscuridad, sin voluntad alguna para seguir negándose al sueño. Eso no pasó. Fui consciente de cada segundo transcurrido durante las ocho horas que pasé acostado, mirando con impotencia el techo.

La luz solar entró por la ventana acompañada del trinar de los pajarillos del vecino. Mis ojos, desde que los plumíferos habían dejado de cantar, seguían abiertos. Para terminar de joder el nuevo día, al levantarme de la cama noté que me dolía el cuello. Dormí chueco, pensé. Fregado y seco de ideas salí del departamento y bajé los ocho eternos pisos del edificio para irme a la universidad esperando que el problema creativo se resolviera de algún modo.

Con el paso de las horas, el dolor de mi cuello se agravó. Dolía cada vez que intentaba caminar recto, motivo por el que me desplacé por el campus inclinando la cabeza hacia la derecha, jorobado. Me controlé para no sufrir un ataque de histeria cuando la piel comenzó a cambiar de color. No era posible que dormir mal me dejara en tal estado. Regresé de la universidad y preferí no ir al doctor. Entré en mi departamento esperando que el sueño y una buena ducha fungieran de cura.

Corrí al espejo del baño y admiré, abyecto, una coloración violeta de la que resaltaba una vena verde, justo donde el dolor se agolpaba.

Intenté sobar la protuberancia, pero apenas acerqué mis dedos, una sensación de fiebre me recorrió la piel. Sentí que el Vesubio se fisiónó en mis huesos. Prendí la regadera y me coloqué debajo de la tenue cascada de agua helada, para que la inflamación bajara. Para volver a dormir.

Tiñititando miré el espejo de mi cuarto: un tembloroso cuerpo azul se debatía entre la inconsciencia y la euforia. La protuberancia violácea había comenzado a palpar.

Una infección mortífera.

Un parásito raro que adquiriré, probablemente, en mis vacaciones a Brasil.

Peste negra.

Un mensaje de la muerte.

Lleno de miedo y paranoia me dirigí a la puerta: mis piernas apenas daban un paso, cuando un espasmo me recorría los muslos. Los dedos sudaban a pesar de estar congelados, y se tensaban en una rigidez inhumana. Mi campo de visión se redujo. Cerré los ojos. Los abrí. La puerta, tan lejana. Cerré los ojos. Los abrí. El suelo recibió mi cuerpo. El teléfono a unos cuantos metros. La palpitación grotesca. Completa oscuridad.

Desperté a las cuatro de la tarde del domingo. Mi desmayo había ocurrido el día anterior, a las ocho. Levanté la cara de la alfombra y noté un líquido verde, semitransparente, derramado alrededor del lugar donde caí. Toqué mi cuello. Nada. La protuberancia ya no existía: en esa parte de mi piel sólo había una llaga que comenzaba a cicatrizar, de la que emanaba el líquido.

Descarté que se tratara de un derrame cerebral.

El dolor de cabeza se había ido, sentía los párpados ligeros y mis dedos se movían con la agilidad habitual. Me levanté por completo para admirar el charco viscoso, dándome cuenta de que sobre él flotaba algo similar a una bolsa: era casi esférico, extremadamente delgado. Tenía un hueco.

Del orificio de la aparente bolsa salía un rastro, esta vez, de materia sólida. Pequeños fragmentos, unos detrás de los otros, apuntaban hacia un rincón del cuarto. El nuevo material lucía como un hilo de nailon opaco, hecho trizas debido a su falta de fuerza. Las hebras delgadas y casi oscuras iban engrosándose y volviéndose blancas, mientras más me acercaba a la pared. Finalmente, el camino de los hilos transmutados terminó: en la esquina derecha de mi cabecera, una araña gris, de no más de cinco centímetros, tejía una red con el hilo sano que salía de su abdomen. La hipótesis del parásito era correcta, creo. No gasté tiempo

en *googlear* si la araña era brasileña. Estaba más preocupado por mi sequía de ideas.

El arácnido, ex huésped de mi cuerpo, trabajaba su red sin vacilar. Algo en su manera de tejer me recordó la forma en la que mis pensamientos se entrelazan, en la que los cometas colisionan con Júpiter. Conectaba cada hilo con un esmero inverosímil. Noté que empezaba a formar una figura con rapidez: un octágono. En el centro del polígono había cadenas paralelamente sucesivas que se plegaban perpendicularmente a otras más pequeñas, a manera de escalones: ocho de ellos.

Carajo, todo era tan claro.

Apenas me vestí, bajé las escaleras del edificio (¡ocho pisos, carajo, ocho!) y corrí directo a la parada de autobuses. Feliz tomé un camión de la ruta 380, a pesar del atascamiento humano en el vehículo y del orificio en proceso de sanación en mi cuello. Llegamos a Avenida Tonalá y me apresuré a tocar el timbre del autobús. En la esquina estaba la casa de Julián.

Arribé sudando. Usé el cuello de mi camisa para cubrir la cicatriz llena de pus. Su madre abrió la puerta y me dijo que él llegaría en media hora. Mientras esperaba en su habitación pensé en el prodigio creativo del parásito: mi sequía de ideas había terminado sin esfuerzo aparente. Digo, ¿a quién putas le importaría si un rinoceronte sale por su ano si éste es más útil que la mejor de las musas? Medité que quizá la inspiración era, verdaderamente, un bicho caprichoso. Entre cavilación y cavilación, Julián abrió la puerta. Lo recibí:

—¡Cabrón, todo está resuelto!

—¿Todo de qué?— respondió sin ocultar su aliento alcohólico. Su mirada vidriosa me pareció tan oportuna por primera vez.

—¿Cómo que de qué? ¡La pinche película! Ya sé qué vamos a hacer.

—Ah, ya. Güey, quedan tres meses y eres el único pendejo que se apura... ¡en pinche domingo!

—No tienes idea de que esto será lo mejor que tus manos tendrán la dicha de grabar, Juliancito.

—¿Cuánta feria necesitamos?

—La suficiente para pagarle mota a estudiantes de primer semestre de Filosofía— dije.

Un brillo en sus ojos dejó ver que el proyecto comenzaba a agrardarle, al menos por los viejos tiempos. Escuchó, en el borde de la cama, los detalles de la grabación: la película sería grabada a ocho tomas, de ocho minutos (no por numerología, sino por respeto a la creación original del inspirador).

Trataría del conflicto creativo entre dos colegas escultores que son obligados a trabajar juntos en un proyecto gubernamental para el museo MUSA; la trama se desarrollaría en cada uno de los pisos del edificio donde ambos viven (el mío), dejando ver, únicamente mediante diálogo, sus diferencias conceptuales y pragmáticas que se agravarían conforme se baja de piso, y cómo van saliendo a la luz rencores del pasado. Le dije que el desenlace, no del todo definido, se resolvería en el proceso de grabación. Aclarado todo eso le conferí el cargo de director de fotografía. Yo sería el guionista y director. Los actores ya los tenía en mente.

De regreso al departamento, el arácnido había tejido una red que cubría la mitad de la pared. Qué hermosura. Me acerqué con devoción, esperando no interrumpir al animal. Como si no notara mi presencia continuaba su obra. Nuestra obra. Contemplé desde una silla el espectáculo arquitectónico. Cada hilo se conectaba al anterior con una soltura perturbadora, develando algo y exorcizando los demonios más ancestrales del arte. Esa telaraña era la mecanografía del cosmos.

Mi ritual cosmogónico con la araña se prolongó hasta la medianoche, cuando comprendí que ella estaba escribiendo. Escribiendo por mí, válgame Dios. Decidí dormir y transcribir por la mañana el mensaje encriptado por mi salvadora.

Cuando desperté, sin dejar de trabajar, ella me había revelado, específicamente, qué pasaría en la primera toma: los protagonistas (Rogelio Chávez, de 42 años, y Gil Amador, de 41) se topan en una de sus escenas de incomodidad típica, viviendo ambos en departamentos contiguos. Cada uno, recientemente enterado de su integración al trabajo, le presume al otro que está en medio de un gran proyecto que se expondrá pronto en el MUSA. Con jovialidad hipócrita se felicitan mutuamente al darse cuenta de que sus respectivos planes eran uno mismo.

Dicha parte de la red terminaba ahí: una nueva se plegaba a su derecha, apenas iniciada por la tejedora. Decidí no interrumpirla y dejarla terminar. Cual profeta bíblico, escribí todo lo que vi. Salí a dar un paseo por el barrio y mandé a la mierda la universidad. Después de terminar el guion me reuniría con Julián para comenzar a rodar cuanto antes.

Los siguientes seis días repetí la misma rutina. Simplemente me dedicaba a transcribir las escenas que, con lenguaje simbiótico, la araña encriptaba para mí. Con el pasar del tiempo, mi departamento parecía, más y más, una cueva cubierta internamente por un edredón de seda. Llegaba a casa por las noches y el animal no se detenía.

—¿Tú no duermes, verdad?— le decía con una sonrisa en el rostro.

En las paredes de la cocina se describía con detalle cómo Rogelio, agotado por la jornada de trabajo en el taller, le reclamaba a Gilberto su falta de visión figurativista, mientras éste le respondía que el falto de visión era aquel que tardó año y medio redactando una tesis sobre algo tan pueril como el conceptualismo.

El baño mostraba una discusión un poco más subida de tono y en la que resaltaba el vago nombre de Rocío Alarcón: la bailarina pelirroja que, diez años atrás, había salido con ambos en menos de tres meses.

La penúltima de las escenas, en la sala, detallaba con esmero la ojerosa mirada de Rogelio que reclamaba, sosteniendo una gubia, ser el que más trabajaba de los dos. “Si le llamas trabajar a tallar madera como un anciano, claro”, respondió Gilberto. Rogelio agravó su mirada, empuñando con fuerza la gubia y guardándola en su bolsillo. “Mañana verás cómo trabajo”, dijo con una sonrisa tenue, apagada. Yo mismo quedé alterado y esperando el desenlace.

Era el octavo día. Desperté entusiasmado. Corrí para buscar la araña que ya debería estar terminando la obra en el tramo libre de la pared de mi sala. La pared seguía desnuda, sin nada tejido. Temí lo peor: quizá la araña había muerto o me había dejado, cansada de mi explotación creativa. Escrudiné el lienzo, pero no la encontré por ninguna parte. En su lugar había una simple mariposa... ¡No! Simplemente no podía hacerme eso. ¡No!

Miré las alas y tenían el mismo maldito tono gris manchadas con escarlata. Era ella.

—¡¿Cómo te atreviste, maldita?! —comencé a reclamarle—, era el último día, carajo, ¿y decides convertirte en una mariposa justo hoy? ¡Por una mierda!, ¿cómo voy a saber qué dices si ya no puedes tejer nada? Esto es el epítome de la desgracia...

Balbuéi quejidos, indiscriminadamente, cuando ella comenzó a volar.

—¡Perfecto, ahora me dejas!— exclamé. Ella no se alteraba. Le abrí la puerta y la seguí con una parsimonia que comenzó a inquietarme. Empezamos a bajar las escaleras. A partir del tercer piso me pareció ver que en el tapizado se esparcían gotas de sangre cada vez más gruesas. El rastro de líquido rojo terminó en la recepción, donde la mariposa voló hasta colocarse sobre el cuerpo inerte de Gilberto, cuyo pecho sangrante empezaba a dejar de palpitar. Enterrada hasta el fondo del cadáver sobresalía el mango de una gubia.